

# La guerra civil norteamericana: su lugar en la historia

George Novack<sup>1</sup>

## Resumen

El significado histórico de la guerra civil norteamericana, que comenzó hace cien años, debe valorarse desde dos puntos de vista: uno nacional, el otro internacional. ¿Qué lugar ocupa este inmenso conflicto en el desarrollo de la sociedad norteamericana? ¿Y cuál es su lugar en la historia mundial del siglo XIX? Los historiadores liberales más penetrantes, encabezados por Charles Beard, han designado correctamente a este evento como la segunda revolución norteamericana. Pero no han sido capaces de explicar de manera clara y completa su conexión esencial con la primera.

---

<sup>1</sup> Publicado por primera vez en *International Socialist Review*, New York, números 2 y 3, en 1961, firmado por William F. Warde. Traducido para *Hic Rhodus* por Lucas Poy.

## La primera revolución norteamericana y la segunda

La segunda revolución norteamericana tuvo profundas raíces históricas. Fue el resultado inevitable de dos procesos vinculados. Uno era la degeneración de la primera revolución, que se desarrolló a través de lentas etapas hasta que desembocó en contrarrevolución abierta. La otra era el auge del industrialismo capitalista con sus contradictorios efectos sobre el desarrollo social norteamericano.

La interacción de estos dos factores fundamentales, el primero enraizado en suelo nacional y el segundo derivado de condiciones mundiales, constituyó la principal fuerza motriz de la historia norteamericana entre el fin de la primera revolución y el estallido de la segunda.

Es imposible entender la necesidad de una segunda revolución norteamericana sin comprender la dinámica de estos dos procesos interrelacionados de los cuales emergió. La primera revolución norteamericana tuvo lugar en el último cuarto del siglo XVIII. La segunda se desarrolló a mediados del XIX. Separadas como están por un intervalo de casi setenta y cinco años, han sido consideradas como acontecimientos totalmente diferentes y completamente desconectados. Esta perspectiva es superficial y falsa. En realidad la primera revolución norteamericana y la segunda son dos partes de un conjunto indivisible. Representaron distintos pero vinculados estadios en el desarrollo de la revolución democrático-burguesa en los Estados Unidos.

El movimiento nacional revolucionario burgués en Norteamérica tenía cinco tareas que cumplir. Estas eran: (1) liberar a los norteamericanos de la dominación extranjera, (2) consolidar las diferentes colonias y estados en una sola nación, (3) establecer una república democrática, (4) poner el poder estatal en manos de la burguesía y (5), la más importante de todas, liberar a la sociedad norteamericana de sus resabios precapitalistas (tribalismo indígena, feudalismo, esclavitud), para permitir la completa y libre expansión de las fuerzas capitalistas de producción e intercambio. Estas cinco tareas estaban unidas: la solución de una preparaba las condiciones para la solución de las restantes.

La primera revolución resolvió las primeras tres de estas tareas. Las luchas de los patriotas liberaron trece colonias de la dominación británica; el sucesivo conflicto de clase por el poder (1783-1788) llevó a la creación de la Unión federal; la nueva nación estableció una república democrática. Pero fue bien distinto el resultado de las otras dos. Aunque la revolución eliminó de las colonias muchos resabios feudales y abrió el camino para el rápido crecimiento del capitalismo y la nacionalidad norteamericana, no fue capaz de poner el poder firmemente en manos de la gran burguesía o de proceder a una completa reorganización de la sociedad norteamericana sobre bases burguesas.

Estas falencias de la primera revolución burguesa no se hicieron inmediatamente evidentes y tomó tiempo que se manifestasen con toda su fuerza. En principio la revolución pareció enteramente exitosa y su resultado satisfactorio para los capitalistas del norte. Habían obtenido la posición de liderazgo en una nueva república que gobernaban junto a los plantadores del Sur, con quienes habían librado la guerra, escrito la Constitución y formado la Unión.

Pero los mercaderes, financieros y manufactureros se mostraron incapaces de mantener su hegemonía. Tras un breve aunque importante período de autoridad suprema durante las administraciones de Washington y Adams, sus representantes políticos directos se vieron obligados a entregar el liderazgo nacional a la aristocracia de las plan-

taciones. La conquista burguesa del poder político había demostrado ser prematura. Esto fue confirmado por el hecho de que los capitalistas mercantiles fueron posteriormente incapaces de recuperar la supremacía perdida en 1800 ante la esclavocracia y debieron conformarse con el segundo puesto.

Este destronamiento de la gran burguesía del norte por parte de los plantadores del Sur se mostró como una prueba positiva de los defectos de la revolución del siglo XVIII. Pero este revés *político* fue posible por las subyacentes relaciones *sociales* y sus canales de desarrollo. ¿Por qué la burguesía del norte fue incapaz de mantener la posición predominante que había obtenido? Precisamente porque la quinta y más importante tarea de la revolución –la liquidación de todas las fuerzas sociales precapitalistas– no se había llevado a cabo completamente. Así el liderazgo capitalista mercantil cayó víctima del atraso económico de la sociedad norteamericana. La primera revolución se desarrolló en un país colonial con un relativamente bajo nivel de desarrollo basado en la agricultura. La contradicción entre el régimen político extremadamente avanzado de los EEUU tras la revolución y su aún inmadura y desindustrializada economía fue la causa principal de la debilidad política y la caída de la gran burguesía.

La estructura social de los Estados Unidos a fines del siglo XVIII era una combinación de trabajo libre y esclavo, de formas precapitalistas y capitalistas de producción. Para completar la reconstrucción de la sociedad sobre líneas burguesas, habría sido necesario romper la base sobre la cual se apoyaba la esclavitud. Esto demostró ser imposible en las condiciones existentes. Los intereses esclavistas eran suficientemente poderosos en el momento de la revolución como para evitar cualquier intento de interferir con la institución en los baluartes del sur e incluso para obtener garantías constitucionales para su perpetuación. Los oponentes de la esclavitud no pudieron hacer otra cosa que restringir su alcance planteando la abolición del tráfico de esclavos en un plazo de veinte años, la emancipación en ciertos estados del norte donde la esclavitud era de escasa importancia económica, y su prohibición en los territorios despoblados del noroeste.

La esclavitud se estaba convirtiendo en una forma de producción tan poco rentable para muchos plantadores hacia el fin del siglo XVIII que los opositores de la esclavitud se consolaban esperando su decadencia tanto en el norte como en el sur. Los problemas que presentaba se verían así automáticamente resueltos a través de una gradual transición del trabajo esclavo al libre.

Estas expectativas se vieron frustradas por el ascenso del Rey Algodón (*King Cotton*). Esta revolución económica en la agricultura del sur dio tal vitalidad al moribundo sistema esclavista que sus amos económicos y sus servidores políticos no solo obtuvieron el comando del gobierno nacional de manos de la burguesía federalista con la ascensión de Jefferson a la presidencia en 1800, sino que fueron capaces de mantener su supremacía intacta por los siguientes sesenta años.

La lucha por la supremacía entre las fuerzas proesclavistas centradas en el Sur y las fuerzas que apostaban por el trabajo libre, lideradas por la burguesía del norte, fue el factor decisivo en la vida política de los Estados Unidos en el período comprendido entre las dos revoluciones. Desde 1800 la burguesía continuó cediendo terreno político a los plantadores. El poder político inevitablemente gravitó hacia las manos de la económicamente predominante nobleza algodонера. Los capitalistas no podían recuperar su liderazgo perdido hasta que el desarrollo económico del país produjese una nueva combinación de fuerzas sociales lo suficientemente fuerte como para pesar más que la esclavocracia y sus aliados, y así derrotarla.

Gracias a los logros de la revolución y a circunstancias económicas internacionales excepcionalmente favorables, los Estados Unidos dieron tremendos pasos adelante durante la primera mitad del siglo XIX. Las fuerzas productivas de la nación, agrícolas e industriales, libres y esclavas, crecieron a pasos agigantados. Las ganancias acumuladas como resultado de la revolución y el posterior progreso económico fueron redistribuidas, como resultado de la presión popular, en la forma de numerosas pequeñas reformas democráticas graduales. Esta parte del régimen plantador-burgués fue un período comparativamente pacífico para la política doméstica. Las principales disputas que emergieron entre las clases dirigentes (incluso aquellas que implicaban directamente a la esclavitud) fueron resueltas por compromiso.

En torno a 1850 estos procesos sufrieron un revés abrupto. El ascenso de la industria a gran escala en el norte y la expansión de las pequeñas unidades agrícolas en el noroeste trastocaron el equilibrio sobre el cual el poder de los plantadores había descansado y llevaron a una nueva correlación de fuerzas sociales. Atemorizados por la perspectiva de perder el poder supremo y por la declinación económica y desintegración social del sistema esclavista, los intereses de los plantadores se opusieron por completo a las tendencias progresivas en todos los campos de la vida nacional. Su despotismo comenzó a hacerse cada vez más intolerable. No solo los esclavos negros sino el conjunto del pueblo norteamericano se estaban convirtiendo en víctimas de los arrogantes e incontrolados propietarios de esclavos. Para enfrentar esta reacción creciente y asegurar la continuidad del progreso nacional, era imperioso terminar con el poder esclavista.

La candidata más adecuada para liderar la lucha contra los plantadores del sur era la “segunda hija” de la burguesía, la clase manufacturera. Esta sección de los capitalistas había estado luchando desde hacía tiempo para obtener la posición de supremacía política en los EE.UU. que su hermana mayor, la aristocracia mercantil, había perdido en 1800. La ardiente lucha entre los plantadores y los industriales, que renacía periódicamente, había sido suavizada por los compromisos de 1820, 1832 y 1850. Con la organización del partido Republicano en los años cincuenta, los industriales lanzaron su lucha final por la conquista del poder.

Dos métodos para librarse de la sujeción al poder esclavista fueron propuestos por representantes de diferentes estratos sociales en el norte. Los voceros de los ascendentes capitalistas industriales esperaban despojar a los plantadores a través de compromisos y de medios constitucionales pacíficos, siguiendo el precedente establecido por los industriales británicos en las Indias Occidentales. Los agentes políticos de los manufactureros británicos habían llegado a un acuerdo con la aristocracia terrateniente en casa, así como con los plantadores de las Indias Occidentales, y en 1833 instituyeron la emancipación compensada de los esclavos de las colonias inglesas a través de una disposición parlamentaria.

La forma norteamericana de abolir la esclavitud, sin embargo, sería diferente a la inglesa. No siguió el curso de reforma política y social imaginado por los republicanos conservadores. Tomó el camino revolucionario planteado por los abolicionistas radicales. Estos pioneros de la segunda revolución, que reflejaban los puntos de vista de la “democracia plebeya” (pequeños agricultores y trabajadores asalariados en el norte, y esclavos en el sur) abogaban por la exterminación del poder esclavista desde la raíz.

Muy pocos norteamericanos consideraban un programa tan radical como algo deseable o una perspectiva tan drástica como algo factible durante los cincuenta. Pero las alarmantes agresiones de la reacción esclavista y la agudización de la crisis social rápida-

mente transformaron la perspectiva general. En sus primeras etapas la reacción esclavista se había desarrollado sobre las bases políticas establecidas por la revolución del siglo XVIII. Pero las instituciones democráticas se habían convertido en insoportables frenos que la esclavocracia quería superar.

El secesionismo sureño, la expresión franca de estas tendencias reaccionarias, buscaba nada menos que la reversión total de los objetivos y los logros de la primera revolución norteamericana. Su programa explícitamente reclamaba una negación incondicional de sus principios igualitarios y democráticos, la destrucción de la Unión, y la sujeción de las fuerzas productivas de la nación al anacrónico sistema esclavista. La secesión implícitamente conllevaba al abandono del gobierno representativo republicano e incluso amenazaba con la pérdida de la independencia nacional a manos de las potencias imperialistas de Europa, Francia e Inglaterra, hostiles a la Unión. De modo que todas las conquistas de la primera revolución, representadas por las tradiciones e instituciones más valoradas de los Estados Unidos, estaban amenazadas por este movimiento retrógrado.

La victoria del partido Republicano en las elecciones presidenciales de 1860 y la posterior secesión de los estados esclavistas puso en primer plano la lucha entre los plantadores del sur y la burguesía del norte, el campo pro-esclavista y el anti-esclavista, la contrarrevolución y la revolución. El golpe de estado secesionista replanteó todos los problemas de la revolución democrático-burguesa, incluso aquellos que supuestamente habían sido resueltos para siempre.

En este momento crítico tres grandes alternativas se abrieron para el pueblo norteamericano. Una victoria de la Confederación habría liquidado los restos de la revolución y extendido el odiado régimen dictatorial de los esclavistas sobre todos los EE.UU. Otro compromiso ineficaz entre los campos opuestos habría provocado la postergación de la lucha y el agotamiento del pueblo. Una victoria de las fuerzas revolucionarias limpiaría el camino para la resolución final de las tareas de la revolución democrático-burguesa.

El desarrollo de la guerra civil pronto excluyó cualquier punto medio o margen para el compromiso, dejando abiertas solo las dos variantes extremas. La alternativa favorable triunfó. Los republicanos burgueses, que habían tomado el poder con un programa de restricción del poder esclavista, descubrieron que solo podrían defenderse de los ataques de la Confederación apoyándose en medidas crecientemente revolucionarias que apuntaban a la derrota y la abolición del poder esclavista. *Para conservar las conquistas de la primera revolución norteamericana, comprendieron que era necesario extenderlas a través de una segunda.* Una sacudida suplementaria de las relaciones socio-económicas era necesaria para sostener el cambio político de 1860.

En el curso de esta segunda revolución, los representantes más radicales del capital industrial y sus aliados plebeyos completaron las tareas iniciadas por sus predecesores en la primera. Ubicándose a la cabeza de las fuerzas anti esclavistas, los radicales tomaron completo control del gobierno federal y concentraron su aparato en sus manos. Derrotaron a los ejércitos de la Confederación en los campos de batalla de la guerra civil; hicieron añicos el poder político y económico de la oligarquía esclavista; consolidaron la dictadura burguesa establecida durante la guerra; y remodelaron la república según sus propios intereses y objetivos de clase.

Esta segunda revolución norteamericana no solo instaló a una nueva clase gobernante en el poder sino que, aboliendo la esclavitud, eliminó la principal forma de propiedad y trabajo en el Sur. El gran problema político y social que había agitado a Estados

Unidos desde la primera revolución –cómo deshacerse del poder esclavista y su “peculiar institución” – quedó definitivamente resuelto por la segunda.

La segunda revolución también clausuró el rol político progresivo de la burguesía norteamericana. Luego de ayudar a aniquilar el poder esclavista y la esclavitud, su utilidad política quedó completamente agotada. Como la aristocracia plantadora antes de ella, la nueva oligarquía capitalista dominante rápidamente se transformó en una fuerza completamente reaccionaria, hasta convertirse en el principal obstáculo para el progreso social no solo dentro de Estados Unidos sino en todo el mundo.

### **El curso de la revolución en el Viejo Mundo y en el Nuevo**

Así como los historiadores norteamericanos han ignorado la relación orgánica entre la primera revolución norteamericana y la segunda, también han pasado por alto la afinidad entre los movimientos revolucionarios en Estados Unidos y en Europa a mediados del siglo XIX. Sin embargo la conmoción en el Nuevo Mundo no puede ser completa y correctamente comprendida sin aclarar sus conexiones con los procesos revolucionarios que tenían lugar en el Viejo Mundo.

En cada etapa de su desarrollo la historia norteamericana ha sido un producto resultante de las interacciones entre fuerzas internacionales y nacionales. Europa occidental, que dominó el Nuevo Mundo durante el descubrimiento y la colonización, continuó determinando las principales líneas de desarrollo social y económico en América décadas después de la independencia política de Estados Unidos.

La segunda revolución norteamericana no fue provocada simplemente por problemas irresueltos que surgieron de la primera. Fue, en no menor medida, el resultado de todo el curso de la evolución histórica en el mundo occidental desde 1789, y más particularmente, desde los decisivos eventos políticos de 1848 en Europa. Estos desarrollos plantearon nuevos problemas al pueblo norteamericano. También proporcionaron caminos y medios para solucionar los viejos problemas junto con los nuevos.

Entre el final de la primera revolución norteamericana en 1789 y el comienzo de la segunda en 1861, una revolución mucho más grande tuvo lugar en el mundo occidental. Esta revolución ocurrió en el campo de la producción. La introducción de maquinaria mecánica transformó la base tecnológica de producción, dio nacimiento al sistema fabril, e hizo posible la industria a gran escala. Con el establecimiento de la industria a gran escala, el método capitalista de producción por primera vez se paró sobre sus propios pies y comenzó a establecer su liderazgo en las esferas decisivas de la vida económica. La era del capitalismo industrial sucedió a la del capitalismo comercial.

La era de ascenso del capitalismo industrial, que comenzó hacia fines del siglo XVIII y se extendió hasta los inicios del siglo XX, fue una época turbulenta en la historia mundial. Con furioso celo los emisarios del capitalismo atacaron y destruyeron los resabios de las civilizaciones feudales y bárbaras y erigieron un nuevo mundo sobre sus ruinas. A partir de la extensión de los intercambios, capital, trabajo y cultura adquirieron una movilidad sin precedentes. El capital se extendió a lo largo del globo, buscando oportunidades de comercio e inversión; millones de personas fueron redistribuidas en las migraciones masivas más grandes de la historia, del Viejo Mundo al Nuevo; la cultura se volvió más cosmopolita. La ciencia y las invenciones aceleraron el rápido ritmo de la industria capitalista.

La segunda revolución norteamericana tuvo lugar durante la cima de este desarrollo.

Desde 1852 hasta 1872 el capitalismo industrial conoció su crecimiento más impetuoso. El volumen sin precedentes del comercio mundial durante este período muestra el extraordinario *tempo* de la expansión económica. Después de crecer de 1,75 billón de dólares en 1830 a 3,6 en 1850, el volumen del comercio mundial se disparó a 9,4 billones en 1870 –un aumento de más de dos veces y media. Esta tasa de incremento no ha sido nunca superada por el capitalismo mundial. Fue durante estos cien años de revolución industrial y, sobre todo, entre 1850 y 1870, cuando cobró forma el moderno mundo capitalista.

Esta época de rápida expansión del capitalismo, desde 1847 hasta 1871, fue asimismo un período de guerras y revoluciones. Hubo tres fases consecutivas de guerra y revolución durante este período. La crisis de 1847 produjo la primera poderosa ola de conmociones. Estas fueron frenadas por una serie de victorias de la reacción y por la reanimación económica que siguió a la fiebre del oro californiana de 1849.

Luego de un prolongado período de prosperidad, la crisis mundial de 1857 inició una segunda secuencia de guerras y revoluciones. Comenzó con la primera guerra italiana por la independencia y fue seguida en rápida sucesión por la guerra civil norteamericana en 1861, la insurrección polaca en 1863, la aventura mexicana de Napoleón II y la campaña contra Dinamarca de 1864 que inició la serie de guerras prusianas dirigidas por Bismarck. Este impulso revolucionario llegó a sentirse incluso en Japón, donde, a través de la revolución Meiji, los dirigentes japoneses adaptaron parcialmente su economía y su régimen a las demandas del nuevo sistema industrial.

El tercer y último período, iniciado por la crisis de 1866, presenció la continuación de la campaña expansiva de Bismarck, con el ataque sobre Austria de 1866 que fue concluido victoriosamente con la victoria sobre Francia en 1871; el alzamiento republicano en España que derrocó a la reina Isabel; y la última de las aventuras de Luis Napoleón que culminó en el derrumbe del Imperio en 1871.

La guerra civil en Francia que siguió a la caída de Napoleón, donde por primera vez en la historia el proletariado tomó el poder, fue el punto de quiebre histórico de esta época. Con la derrota de los comuneros de París y la restauración del orden burgués en la Tercera República, la marea revolucionaria retrocedió por el resto del siglo.

Así, durante casi veinticinco años, todo el mundo occidental fue una caldera de guerra y revolución. Estos fueron los años más turbulentos que la humanidad había experimentado desde las guerras napoleónicas y que iba a conocer hasta la primera guerra mundial. Dentro de esta caldera se forjaron no sólo las potencias imperialistas de la Europa moderna que iban a dominar la tierra hasta 1914, sino también la nación destinada a sucederlas como la mayor de las potencias mundiales: los Estados Unidos de Norteamérica.

La segunda revolución norteamericana debe observarse dentro de esta configuración histórico-mundial. Nuestra guerra civil no fue un fenómeno aislado ni puramente nacional. *Fue uno de los más importantes eslabones en la cadena de conflictos que emergieron directamente de la crisis económica mundial de 1857 y constituyó el gran movimiento revolucionario democrático-burgués de mediados del siglo XIX.* Mientras que las revoluciones de 1848 y 1871 en Francia fueron los eventos principales en la primera y la última etapa de dicho movimiento, la revolución que comenzó en 1861 en Estados Unidos fue el acontecimiento central de su segundo capítulo. Fue la lucha revolucionaria más importante del siglo XIX, así como la más exitosa.

## Resultados de la revoluciones de mediados del siglo XIX

El desarrollo de los movimientos revolucionarios democrático-burgueses de mediados del siglo XIX procedió con ritmos diferentes, asumió diferentes formas y tuvo diferentes resultados en los distintos países. Desde Irlanda hasta Austria los levantamientos de 1848 en Europa uniformemente terminaron en desastre y en la restauración del viejo orden –con cambios superficiales en la cima. Al mismo tiempo estos frustrados asaltos hicieron posibles numerosas reformas en las décadas sucesivas y prepararon el camino para futuros avances de las fuerzas progresivas.

Los movimientos revolucionarios de la segunda y la tercera ola fueron más exitosos en alcanzar sus objetivos. El triunfo de la Unión en los Estados Unidos tuvo una importancia histórica mucho mayor que el fracaso de la insurrección polaca de 1863. La conquista de la unificación nacional y la independencia por parte de los pueblos alemán e italiano fue más significativa que el hecho de haber sido obtenida bajo auspicios monárquicos. Incluso donde las luchas revolucionarias fueron infructuosas, engendraron valiosas reformas (extensión del sufragio en Inglaterra, autonomía nacional para los cantones suizos, limitadas libertades constitucionales en Hungría, etc). Hacia 1871 la burguesía se había asegurado gobiernos liberales constitucionales en la mayoría de los principales países de Europa occidental, con la excepción de Alemania, Rusia y Austria-Hungría. Estas naciones retrasadas debieron pagar sus viejas deudas con la historia en doble y triple medida cuando la siguiente marea revolucionaria europea emergió en 1917-1918.

Excepto en los Estados Unidos, las reformas sociales se restringieron a la eliminación de los vestigios del feudalismo que obstaculizaban el desarrollo capitalista. Así la revolución de 1848 llevó a la abolición de la servidumbre en Hungría; en 1863 Alejandro II decretó la emancipación de los siervos en los dominios rusos. Solo en los Estados Unidos tuvo lugar una transformación realmente revolucionaria de las relaciones sociales.

Aquí los problemas de la revolución burguesa fueron resueltos con el mayor éxito. Aquí los magnates del capital industrial se convirtieron en los únicos gobernantes de la república, destruyendo la esclavocracia y la esclavitud. En otras partes, como en Alemania e Italia, la burguesía pecó de falta de energía revolucionaria, no alcanzó todos sus objetivos, y permaneció como vasallo de las clases superiores que mantuvieron el control del gobierno en sus manos.

La burguesía norteamericana fue capaz de completar su misión histórica tan brillantemente gracias al carácter excepcional del desarrollo social norteamericano. Su lucha por el poder se basaba en los grandes logros de la primera revolución. El pueblo norteamericano ya había alcanzado la independencia nacional, se había librado del altar y el trono, y había disfrutado de las bondades de la democracia republicana. Estas ventajas dieron a la burguesía norteamericana un punto de partida privilegiado que le permitió aventajar más fácilmente a los europeos.

Además, el poder económico, la independencia política y el peso social de los capitalistas en Estados Unidos superaban considerablemente a los de sus equivalentes alemanes e italianos. Los amos del capital norteamericano no eran novatos políticos. Se habían tomado casi un siglo para prepararse para este choque final; habían tenido en sus manos el poder supremo una vez y consideraban que les correspondía. Ya habían creado sus propias instituciones parlamentarias y tomado posesión legal del aparato del estado antes de que la batalla estallase. Salieron al ruedo con su propio partido y programa.



El rol de los republicanos burgueses como defensores de la Unión y de sus instituciones democráticas les permitió agrupar en torno a ellos a las fuerzas progresistas dentro de la nación y a lo largo del mundo civilizado. El Norte pudo contar con el apoyo de los negros del sur cuya simpatía debilitó a la Confederación, aún donde los líderes de la Unión no se atrevieron a impulsar su acción. Tuvieron éxito en ganarse para su bando a la masa de pequeños granjeros, mientras que los esclavistas fracasaron en su intento de atraer hacia el conflicto a sus simpatizantes entre los gobiernos de Europa occidental. La importancia de estas alianzas puede estimarse cuando se recuerda que los colonos rebeldes fueron capaces de derrotar a sus amos británicos gracias a la intervención militar y la ayuda financiera de Francia, España y Holanda.

La fuerza económica y de mano de obra de la burguesía del norte no era menos importante que la de su adversario. El *boom* que precedió a la crisis de 1857 proporcionó oleadas de riqueza a los financieros e industriales norteros y puso a su disposición amplios recursos de capital y crédito. Los unionistas tenían una base industrial y agrícola extendida y sólida bajo sus pies. La Confederación, por el contrario, no tenía ni una base industrial adecuada (agotaron sus energías tratando de improvisar una bajo la presión de la guerra civil), ni cantidades de capital líquido a su disposición, ni fácil acceso a los recursos del mercado mundial. La guerra, que agotó las reservas de la Confederación, arruinó su economía esclavista y aisló su gran cultivo vendible del mercado, proporcionó en cambio un impulso a la expansión de la agricultura y la acumulación de capital dentro de los estados leales.

Finalmente, el claro e irreconciliable antagonismo entre la esclavocracia y los industriales, por un lado, y la inmadurez del proletariado, por el otro, permitieron a la burguesía radical llevar hasta el final la lucha contra su clase enemiga. La burguesía alemana tuvo que observar en cada etapa del conflicto a los príncipes y Junkers a su derecha y a una desconfiada clase obrera a su izquierda. Excepto por una breve explosión a mediados de 1863, los trabajadores industriales en Estados Unidos no se transformaron en un factor de poder independiente en las luchas revolucionarias. La revolución estuvo dirigida por los republicanos radicales, los más decididos representantes de la burguesía. Los radicales fueron los últimos de la gran lista de revolucionarios burgueses. Echando a un lado a los conciliadores de todo calibre y derrotando toda oposición por izquierda, aniquilaron a su enemigo de clase, despojaron a los esclavistas de todo poder económico y político, y procedieron a transformar a los Estados Unidos en una nación democrático-burguesa modelo, libre de los últimos vestigios de condiciones precapitalistas.

Luego de la guerra civil y la Reconstrucción, los magnates capitalistas que gozaban del poder político y económico no consideraron necesarios más cambios fundamentales en la sociedad americana. Y era cierto que el tiempo para las transformaciones revolucionarias dentro del marco del capitalismo se había acabado. Eso no significaba, de todos modos, como enseñan los defensores del sistema, que toda posibilidad de revolución hubiera desaparecido para siempre en los Estados Unidos. Esta, la más exitosa de las revoluciones burguesas, había dejado todavía importantes tareas sin realizar. Por ejemplo, llevó adelante la reforma agraria de manera altamente injusta. La Homestead Act de 1862 otorgó a los pequeños granjeros blancos libre acceso a los territorios fiscales del oeste pertenecientes al gobierno federal y entregó grandes áreas de la mejor tierra a las corporaciones ferroviarias.

Pero los cultivadores negros, que habían contribuido tanto a la victoria sobre los plantadores, fueron tratados de manera muy injusta. Aunque los republicanos emanciparon

a los esclavos, se negaron a otorgar a los libertos los medios materiales para la independencia económica (“cuarenta acres y una mula”) o a garantizar su igualdad social y sus derechos democráticos. En la disputada elección presidencial de 1876, para asegurar su continuidad en Washington, los líderes republicanos sellaron un acuerdo con los jefes blancos del sur que eliminó lo que quedaba de la igualdad y la democracia que los negros habían conquistado durante la Reconstrucción.

El fracaso del régimen burgués para solucionar el problema negro ha afectado a nuestro país hasta nuestros días. Parece que para cumplir esta tarea, abandonada sin terminar por la revolución del siglo XIX, se requerirá una lucha de magnitud comparable.

La democracia norteamericana fue defendida y extendida por la coalición de fuerzas de clase que lucharon y ganaron en la guerra civil. Pero en el mejor de los casos esta democracia ha permanecido restringida. En ningún momento desde entonces la masa del pueblo norteamericano ejerció un control decisivo sobre el gobierno nacional. Tanto con los republicanos como con los demócratas en la Casa Blanca y el Congreso, los plutócratas han gobernado este país y determinado sus principales políticas en guerra o paz.

Esta democracia política formal se ve todavía más limitada por la autocracia industrial de los grandes capitalistas que controlan y operan la economía nacional para su propio beneficio. Los trabajadores que producen la riqueza de los Estados Unidos no tienen ningún control sobre su distribución.

En 1960 los monopolistas ocupan la misma posición en la vida norteamericana que los esclavistas en 1860. Son una fuerza social obsoleta, el principal freno al progreso nacional, los más serios enemigos de la democracia. En lugar de liderar los movimientos progresivos a favor del pueblo, se han transformado en los organizadores de la contrarrevolución y en los aliados de la reacción a través del mundo.

Su curso está creando, lenta pero firmemente, las precondiciones para una resistencia de masas a su dominio que culminará en una tercera revolución americana. Este nuevo movimiento de emancipación, basado en los trabajadores, tendrá programa y objetivos socialistas y será dirigido contra la reacción capitalista. Pero sus organizadores y líderes pueden aprender mucho de los radicales de los años de la guerra civil, que se enfrentaron al desafío de la contrarrevolución de los esclavistas, destruyeron su resistencia en el campo de batalla, confiscaron cuatro billones de su propiedad, y cambiaron de raíz su antiguo sistema social. Mostraron con su ejemplo cómo tratar a una clase dominante tiránica que se niega a retirarse pacíficamente cuando le ha llegado la hora de hacerlo.